

Corrente Calamo: Gaya ciencia

Luis Rodríguez Cabrero

El amigo Pérez y yo discurríamos acerca de la forma poética, tal como se ha manifestado en otros tiempos y tal como se manifiesta hoy en día.

Y observaba el amigo Pérez que en eso de las novísimas combinaciones métricas ha habido y hay grandes extravagancias. Incurren en ellas tanto Rubén Darío, el pontífice máximo de este dislocamiento del verso, como Salvador Rueda, que resultaría más poeta si produjera menos. Son los Góngoras modernos, aunque –añadió enfáticamente el amigo Pérez– precisa tener en cuenta que bien pueden perdonársele a Góngora «El Polifemo», «Las Soledades» y otros adefesios por el estilo, en obsequio a sus romances, a algunas de sus canciones y a no pocos de sus sonetos. Los Góngoras presentes ofrecen muy escasa compensación para que, en virtud de ella, se les perdonen sus morrocotudos defectos. Al decir esta última frase, el amigo Pérez infló los carrillos.

Y continuó:

–No hay que desdeñar a los clásicos, aun cuando preceptistas y retóricos de mal gusto nos los han hecho aborrecibles o poco menos, al querer presentárnoslos como modelos, citándonos como ejemplos dignos de ser imitados y seguidos, aquellos versos en que la tiesura académica, la afectación rebuscada y el amaneramiento empalagoso campean a sus anchas. Hay que estudiar a los clásicos como debe estudiárseles: Fray Luis, Lope de Vega, Garcilaso, Arguijo, Quevedo, y basta de citas a vuelta de muchos versos duros y flojos, forzados o disonantes, nos ofrecen otra índole de versos, fluidos, sonoros, gratos al oído y a la imaginación, que valen por sí solos más que muchas composiciones engorrosas, muy estiradas, demasiado estiradas, y llenas de rimbombancias–. Y el amigo Pérez, al significar esto, volvió a inflar los carrillos.

Y agregó:

–Los “modernistas”, o como quiera usted llamarles, desdeñadores de los clásicos, afanosos de romper moldes, muy pocas veces nos brindan esa clase de versos de que acabo de hablar, aves raras en el gongorismo actual, donde la exageración, llevada hasta su último límite, impera y se impone.–

Yo, aun cuando ignoro cuál es el último límite de la exageración, que, dicho sea entre paréntesis, creo ilimitable e ilimitada, asentí con un movimiento de cabeza a las doctas observaciones del amigo Pérez.

Este prosiguió:

–Fíjese usted en esos versos que no reconocen fronteras; quiero indicar con esto esos versos inconmensurables que tal parece desean traspasar el margen de la página y a veces se quiebran, no de puro sutiles, sino de puro largos, pues el cajista ha de partirlos, y no a gala, en renglón y pico. Son versos eslabonados, por decirlo así; versos compuestos, bien o mal, de cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueve o diez sílabas y colocados en renglones, uno tras otro, para mayor notoriedad e hinchamiento.

Véase la clase:

“El caballo va corriendo de manera sorprendente”

Descomponga usted ese verso, y verá que lo forman cuatro versos de cuatro sílabas, nada más que ahí están yuxtapuestos:

“El caballo
va corriendo
de manera
sorprendente”

¿Y qué diremos de las repeticiones, a fin de que resulte mejor el sonsonete?

“¡Oh qué noche! ¡Hermosa noche! ¡Noche augusta!
¡Noche augusta! ¡Hermosa noche aquella noche!

No faltan “modernistas” que, en su afán de singularizarse, hagan versos “ad libitum”, en los que el ritmo no parece por parte alguna.

“Y se apagaron las luces del Santísimo Sacramento”

Así como Vargas Vila en su obra *Rosas de la tarde* tuvo el capricho de escribir versos en forma de prosa, así esos “modernistas” a que aludo tienen a su vez el capricho, o mejor la manía, de escribir prosa en forma de versos.

Ya no se versifica como se versificaba en mis buenos tiempos.–

Y el amigo Pérez dio un suspiro, que más bien parecía un bostezo.

–Oiga usted este madrigal que compuse allá por el año 84, si la memoria no me es infiel:

“Mecida por la brisa, una mañana
columpiábase ufana
en el pensil la rosa,
y, en torno, una pintada mariposa
revolaba ligera
libando el néctar de la flor hermosa.
Entonces pensé en ti, Lesbia hechicera,
y dije: ¡Si contigo hacer pudiera
lo que hace con la flor la mariposa!”–

Algo cursilón y ñoño parecióme este madrigal del amigo Pérez, pero me abstuve de hacer manifestación alguna en ese sentido.

–Oiga usted ahora otra composición poética.–

–¿Poética?– rezongué en mi interior.

–“Paso matinal”. Este es el título.

“Fresca está la mañana,
fresca, fresquita,
voy del manso arroyuelo
junto a la orilla.
Sobre una piedra

tomo asiento, y el aura
mi frente orea.

Cantan los pajarillos
en la enramada,
y yo pienso en la niña
que me entusiasma,
y exclamo absorto:
¿Por qué cuando la miro,
tuerce los ojos?

Eso no es nada. Pero ¿esto otro?–

El amigo Pérez se puso de pie y con ademán solemne y pausado
comenzó a recitar:

–“Alza, Luquillo, la soberbia frente
coronada de niebla, oye mi acento
que altivo y prepotente
corre a perderse en la región del viento.

Alza, Luquillo, tu empinada cumbre,
a que sirve el espacio de techumbre,
y conmuévase, sordo, tu cimiento
firme y seguro en su perenne asiento.
Alza, Luquillo...–

Aquí, de súbito, cesó en su recitación el amigo Pérez.

–No recuerdo del resto. ¿Qué tal?–

Excelente.

Y añadí para mis adentros.

Composiciones peores que esa he visto yo premiadas.¹

¹ Luis Rodríguez Cabrero, “Corriente calamo: Gaya ciencia”, *Puerto Rico Ilustrado*, año IV, número 122, 19 de julio de 1913; p. 22.